

Homenaje a Pedro Henríquez Ureña

Dr. Jaime A. Viñas Román

Cien años hace que Santo Domingo acogió, en una vieja casa de nuestro primado sector urbano de raíces coloniales y en el recoleto silencio familiar del hogar de Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña, una vida nueva de la que pocos adivinaban, entonces, que tanto daría que hablar. Salomé lo intuyó, como es normal en las almas artistas, y lo predijo de su hijo Pedro en versos inmortales, anunciando que estaba destinado a los laureles del estudio y de la virtud. En este mes de junio de 1984 se cumple la profecía materna hasta la saciedad, al levantarse las dos Américas en admiración y homenaje a Pedro Henríquez Ureña, y parece que faltan palabras para describir la grandeza de su figura y de su obra así como el alcance universal de su pensamiento.

A nosotros los dominicanos el Centenario del ilustre compatriota nos sorprende inmersos en uno de los momentos más críticos de nuestra historia. La hora nacional e internacional que vivimos, preñada de nuevo e inmenso potencial tanto de salvación como de hecatombe, es de las que exigen las fuerzas más dedicadas de los mejores hombres y mujeres. La crisis, y con esto estamos conscientes de estar usando algo más que un lugar común pero que es del todo acertado, es total. Si en algún momento de nuestra trayectoria nacional nos hemos visto precisados de orientadores y de héroes, es éste. Sabido es que nuestra época se ve afectada por este mal que es signo de las grandes transiciones: en la confusión

de los cambiantes tiempos, perdimos de vista nuestros héroes, que es una forma muy general de llamar a los que, por diversas razones, crecieron hasta la altura potencial de orientadores.

El sorprendente movimiento suscitado en todos los países de América a causa de cumplirse el día 29 de junio de este año el Primer Centenario del nacimiento de Pedro Henríquez Ureña, es urgente recordatorio para los que, con el gran humanista, compartimos la común herencia de eso que llamamos "ser dominicanos." Si orientadores necesitamos y buscamos, su obra y su pensamiento han estado por largo tiempo a la espera de ser descubiertos por nosotros.

En tal sentido y con motivo de este Centenario, nuestra Universidad ha querido hacer efectivos tanto su derecho como su obligación de promover la obra de nuestro ilustre humanista y filósofo. Con ese fin, hace ya más de un año iniciamos un movimiento de información e invitación a todos los sectores vinculados al quehacer cultural en las dos Américas, para lograr su integración a las actividades conmemorativas de la venida al mundo de un hombre que llegó a merecer el título de Ciudadano de América.

Aprovechando nuestra comparecencia ante el Consejo Latinoamericano de Cultura reunido en Buenos Aires a fines de mayo de 1983, leímos un mensaje en nombre de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. En uno de sus párrafos dije: "Mi presencia en este distinguido cónclave tiene un motivo muy específico. Quiero invitar, en nombre de nuestra Universidad, a todos los gobiernos y pueblos de Latinoamérica a adherirse a los eventos de conmemoración que tendrán lugar con ocasión del Centenario de Pedro Henríquez Ureña. Tenemos el sueño de que el gran humanista dominicano no sea sólo recordado en su patria, en Méjico y en Argentina con motivo de los primeros cien años pasados después de su nacimiento. Y los sueños, si por sí mismos no llegaran a realizarse, merecen que quienes los tienen pongan todo su esfuerzo en plasmarlos hacia una realidad concreta."

Concluí expresando: Esto es lo que me hace venir aquí hoy para solicitar a los gobiernos e instituciones culturales de

Latinoamérica, dignamente representados por los prestigios participantes en esta reunión, que se unan en forma efectiva alas celebraciones del Primer Centenario de Pedro Henríquez Ureña, a celebrarse el día 29 de junio de 1985. Para esto he venido. Para esto volé desde nuestra Ciudad Primada de América, ostentando la representación oficial de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña como su Rector, y extraoficialmente de los dominicanos como uno de ellos. Tenemos ese sueño, porque sabemos que



Don Pedro ha sido, no sólo nuestro en Santo Domingo, sino de todods nosotros en América. Por esa razón primordial, sé que mi propuesta no es precisamente osada. Y por la misma causa, tengo la gran esperanza de que es oportuna y, ante todo, de que ha de recibir la acogida, favorable y fraternal de todos ustedes." En buenas manos, pues, la dejo."

Y en muy buenas manos quedaron nuestra idea y petición. A lo largo de todo un año hemos acudido a Universidades y Embajadas, a instituciones y organizaciones de diversa índole, llamando la atención sobre la cercanía de una fecha de tanta significación y sobre la importancia de conmemorarla adecuadamente. Una a una hemos ido recibiendo las respuestas entusiastas desde todos los países de nuestro hemisferio, notificándonos acerca de los diversos eventos y homenajes que se están preparando, mucho de los cuales ya se han iniciado para estas fechas. México y Argentina, naciones donde nuestro gran humanista vivió largamente y donde dejó una huella indeleble

de trabajo y de ideas sembradas en una generación de discípulos ilustres que hoy son conocidos a nivel internacional y que todavía llaman a Don Pedro su "Maestro." Universidades como las de La Plata, Santa Fe, Corrientes, Tucumán, Cuyo y Mendoza, así como las de Puebla, Monterrey y Guadalajara, preparan celebraciones que cubrirán todo este año mediante cursos, conferencias, ediciones literarias y eventos de toda clase. Asimismo, Brasil, Bolivia y Chile han anunciado su adhesión al Centenario de Pedro Henríquez Ureña desde Universidades en La Paz y Oruro, Santiago y Campiñas y Londrina. Colombia se está uniendo a los homenajes en lugares como la Biblioteca Nacional y la Universidad de Los Andes de Bogotá; Ecuador desde las andinas universidades de Quito y Loja, mientras la Universidad de Costa Rica hace lo mismo con actos especiales. La Casa del Caribe ha organizado un coloquio sobre Pedro, Max y Camila en Santiago de Cuba, a la vez que patrocina actividades de investigación para recoger la correspondencia aún inédita de Pedro Henríquez Ureña, la cual se encuentra en manos de sus antiguos relacionados o sus sucesores. Honduras, Panamá y Venezuela también han acudido a la cita hemisférica en honor al gran dominicano, y los homenajes se están organizando en los Ministerios de Cultura y en instituciones como la Casa de Andrés Bello de Caracas y la Universidad Central Venezolana y la de Oriente en Cumaná, y la Universidad Estatal de Panamá. Estados Unidos y Puerto Rico no faltan tampoco a la entusiasta cita, y sus voces llegan desde Harvard y desde las Universidades Interamericana de Puerto Rico y la Estatal en Río Piedras con noticias de la fiesta de la lengua dedicada a Pedro Henríquez Ureña este año por la institución universitaria oficial en la vecina isla y un importante foro en la ciudad de San Germán. En la capital española también se llevan a cabo importantes actos en memoria de Don Pedro Henríquez Ureña.

Por otra parte, la Organización de Estados Americanos accedió al pedido que le hizo la UNPHU, convocando a todos los escritores de América y del mundo a acudir a Concurso mediante la presentación de trabajos literarios en torno a la persona y la obra de Pedro Henríquez Ureña, y sabemos que la

convocatoria está recibiendo una buena respuesta.

Nuestra Universidad se siente justamente satisfecha de que la iniciativa mediante la cual llamamos la atención de América y del mundo hacia la fecha del Primer Centenario de Pedro Henríquez Ureña haya sido tan exitosa. Como ya he dicho, esto lo creímos, y lo seguimos creyendo un deber y un derecho de nuestra institución, la cual fue fundada hace dieciocho años precisamente bajo el nombre del hijo de Salomé Ureña de Henríquez, no porque intentáramos apropiarnos un nombre ilustre, sino ante todo porque deseábamos tomarlo como bandera y orientación para la trayectoria futura de nuestra Universidad. Cuando la UNPHU asumió como suyo el nombre preclaro que hoy ostenta, recibió también gustosamente las obligaciones que entraña. Por esa razón, llegado el momento de conmemorar el primer centenario de aquella fecha venturosa en la cual la ciudad de Santo Domingo sirvió de cuna y solar a uno de nuestros más grandes hombres, la UNPHU tomó gozosa la iniciativa, y hoy nos regocijamos de haberlo hecho.

En tal sentido, Don Alberto Baeza Flores ha expresado afirmando que "el homenaje vivo, el recuerdo práctico, utilísimo, a la memoria de nuestro gran humanista, está en el quehacer creador constante, de cultura, de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. A un formador, forjador y propulsos de la cultura se le honra así, como la República Dominicana ha honrado y honra a Pedro Henríquez Ureña en el quehacer diario, constante, de la Universidad que lleva su nombre. El amor no es celebración de un día, sino es labor creadora de cada día. Y a un humanista no se le honra sólomente en tal o cual fecha. Se le escucha, se le atiende cada día, cada semana, cada mes, en la tarea creadora cotidiana. Y esto hace la UNPHU con Pedro Henríquez Ureña.

"El monumento vivo, permanente, activo, generador, vigente, a Pedro Henríquez Ureña, es la acción indagadora, formadora, culta de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña en la capital dominicana, editora del legado cultural del notable humanista y practicante de la formación cultural de las nuevas generaciones. No hay más profundo homenaje cotidiano

que éste, no hay más permanente y perseverante fervor práctico que esta Universidad para honrar a un humanista de nuestro tiempo y también de los tiempos futuros.”

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, al tomar la iniciativa para promover la celebración internacional del Centenario, ha querido levantarse como invitación viva a nuestro atribulado pueblo. En medio de nuestra crisis social, política y moral, hemos querido recordar a todos que tenemos un hombre justo, un hombre sabio, un hombre de mente universal entre los nuestros, nacido en nuestra tierra de dos ilustres dominicanos, que amó entrañablemente sus raíces nacionales y se dolió de nuestras desgracias, y que murió solitario en un tren argentino sin haber logrado acallar nunca las nostalgias del desterrado.

El sueño americano de Pedro Henríquez Ureña, en el cual anticipa una tierra grande donde la justicia y la comprensión mutua lleguen a constituirse en bandera y signo de identidad común, está aún por alcanzar. Pero su ejemplo de laboriosidad, rigurosa exactitud en el estudio y el análisis, apasionado amor por todo lo hermoso y búsqueda constante de la justicia y la comprensión, bien podrían señalar nos a nosotros los dominicanos un camino hacia las grandes soluciones que buscamos afanosos. No puede ser derrotado un pueblo que ha sido capaz de producir tales hombres.

Afortunadamente el Centenario ha comenzado a atraer la atención hacia Don Pedro de parte de quienes de él sabían poco más que su nombre. Para lo que nos resta de siglo, que indiscutiblemente se anuncia como trance urgentemente crítico, su persona y su pensamiento tienen todo el potencial de conducción y orientación que necesitamos. Hacer de todo ello un credo intelectual, político, social y moral, es una invitación que lanzamos a nuestras nuevas generaciones. La experiencia trágica de nuestro siglo nos ha enseñado que la respuesta a nuestros dilemas no está solamente en prepararse mejor, sino en entenderse mejor entre sí todos los seres humanos que, para bien o para mal, debemos compartir este pequeño planeta. Llevado esto a la escala mucho menor de nuestro país, el reto es

indiscutiblemente enorme. Pero también es ineludible.

Necesitamos, para ello, de nuestros mejores ejemplares de humanidad y de dominicanidad. Manteniendo vivo el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña, la UNPHU ha tratado de hacer su aporte a esa meta durante dieciocho años, y en este Centenario repetimos la misma invitación a todos los dominicanos, particularmente a la juventud sobre cuyos hombros descansará nuestro futuro.

Por esta razón, las fechas centenarias de esta semana constituyen una ocasión propicia para llamar a nuestros compatriotas a conocer a Pedro Henríquez Ureña, a familiarizarse con las ideas expresadas en su obra de tantas facetas, a analizarla y reflexionar sobre ella. Verán entonces que, como sucede al sediento ante el chorro fresco de un manantial de montaña, la corriente viva de sus ideas iluminadas hará brotar la luz en sus mentes nubladas por el panorama de un mundo amenazado de muerte, y muy probablemente podrán vislumbrar con mayor claridad el horizonte nuevo que todos buscan.

La sociedad dominicana vive un momento histórico de trascendental importancia para su futuro. Estamos inmersos en una etapa de transición entre una sociedad en la que la instrucción estaba reservada a un número pequeño de personas y la sociedad en la cual la instrucción se abre y se extiende a la población en su casi totalidad. Parece que nuestra sociedad ha sido fecundada por los deseos de saber que invaden hoy al mundo donde la posibilidad de aprender se concede cada vez más ampliamente. Asistimos y somos participantes a lo que Lazard ha denominado el "despertar planetario de las inteligencias."

Por otro lado, también es obvio que ese mismo despertar que nos lanza, en una carrera desenfundada, hacia la obtención de los conocimientos y de las tecnologías, pone en riesgo la estabilidad de los valores que nos definen como pueblo y como

individuos. Sin estos últimos, todos los avances científicos pierden su significado instrumental y se convierten en carga destructora. Nadie puede poner en duda la importancia de la ciencia y la tecnología. Pero estas son importantes porque constituyen medios para alcanzar valores que se encuentran más allá de ellas. Sin el control de los valores, la tecnología y la ciencia son fanatismo y el fanático como lo dice Santayana, 'es el hombre que redobla sus esfuerzos cuando ha olvidado sus fines.' La vida sin lo que nos ha dado la ciencia y la tecnología sería indudablemente mucho más precaria de lo que es, pero con la intención de lograr una perspectiva veraz, quizás convendría recordar que estas como las conocemos ahora, no la conocieron ni Sócrates ni Buda, ni Platón ni Virgilio, ni Sófocles ni Aristóteles, ni Dante ni Cervantes, ni Miguel Angel ni Rafael, y tantos otros por quienes nos enorgullecemos de ser humanos. Sin embargo la vida de esos hombres no estuvo desprovista de valores. La educación contribuye notablemente a que alcancemos esos valores y estos no son más que experiencias. Muchas cosas se desean por la experiencia que proporcionan, pero nunca la experiencia por las cosas mismas. Realmente las cosas carecen de valor. Supongamos que de pronto se muriése toda la población de nuestro planeta. ¿Quedaría mañana algo de valor en la Tierra? El dinero seguiría almacenado en las bóvedas de los bancos; los cuadros famosos continuarían colgados sobre las paredes; los libros seguirían en fila en los anaqueles de las bibliotecas; y los muebles lujosos y aparatos caros se verían en sus mismos sitios de nuestras casas. Pero, ¿tendrían algún valor?NINGUNO. Sólo habiendo gente que se fije en ellos, que los quiera, o que se deleite contemplándolos o usándolos podrán tener algún valor, y aún así será la experiencia del conocimiento y del deleite lo que tenga valor, no el dinero, no los libros o los cuadros mismos.

En segundo lugar, estos valores no son sólo experiencias: son experiencia agradable. Blanshard se inclina a creer que toda experiencia a la que se concede valor por sí misma está impregnada de un flujo de sensación agradable. El placer, el sentimiento de satisfacción, es un componente de todo lo que es

individuos. Sin estos últimos, todos los avances científicos pierden su significado instrumetal y se convierten en carga destructora. Nadie puede poner en duda la importancia de la ciencia y la tecnología. Pero estas son importantes porque constituyen medios para alcanzar valores que se encuentran más allá de ellas. Sin el control de los valores, la tecnología y la ciencia son fanatismo y el fanático como lo dice Santayana, 'es el hombre que redobla sus esfuerzos cuando ha olvidado sus fines.' La vida sin lo que nos ha dado la ciencia y la tecnología sería indudablemente mucho más precaria de lo que es, pero con la intención de lograr una perspectiva veraz, quizás convendría recordar que estas como las conocemos ahora, no la conocieron ni Sócrates ni Buda, ni Platón ni Virgilio, ni Sófocles ni Aristóteles, ni Dante ni Cervantes, ni Miguel Angel ni Rafael, y tantos otros por quienes nos enorgullecemos de ser humanos. Sin embargo la vida de esos hombres no estuvo desprovista de valores. La educación contribuye notablemente a que alcancemos esos valores y estos no son más que experiencias. Muchas cosas se desean por la experiencia que proporcionan, pero nunca la experiencia por las cosas mismas. Realmente las cosas carecen de valor. Supongamos que de pronto se muriése toda la población de nuestro planeta. ¿Quedaría mañana algo de valor en la Tierra? El dinero seguiría almacenado en las bóvedas de los bancos; los cuadros famosos continuarían colgados sobre las paredes; los libros seguirían en fila en los anaqueles de las bibliotecas; y los muebles lujosos y aparatos caros se verían en sus mismos sitios de nuestra casas. Pero, ¿tendrían algún valor?NINGUNO. Sólo habiendo gente que se fije en ellos, que los quiera, o que se deleite contemplándolos o usándolos podrán tener algún valor, y aún así será la experiencia del conocimiento y del deleite lo que tenga valor, no el dinero, no los libros o los cuadros mismos.

En segundo lugar, estos valores no son sólo experiencias: son experiencia agradable. Blanshard se inclina a creer que toda experiencia a la que se concede valor por sí misma está impregnada de un flujo de sensación agradable. El placer, el sentimiento de satisfacción, es un componente de todo lo que es

intrínsecamente bueno. Hasta aquí podemos concluir que todas las cosas pueden producir una experiencia agradable, preguntándonos si existe algo más que sea esencial en ellas. ¿No habrá algo más que el placer para hacer que la vida sea digna de vivirse? Blanshard concluye afirmando que es necesario además una realización más amplia de sus facultades por parte de todo individuo, y nos da la clave para llegar al tercer componente de todos los valores. Además de la experiencia agradable, debe haber la realización de las facultades o los atributos naturales.

“Nuestros fines, dijo Emerson, deben estar ajustados matemáticamente a nuestras facultades.” Los valores no son adventicios a la naturaleza humana. Y mientras más central y fundamental sea la demanda, mayor será el valor que se conceda a su realización. El fin supremo de la educación es lograr una vida más digna de vivirse. Una vida más digna de vivirse es aquella más rica en valores. De ahí que la genuina Educación es la que instruye y forma a la persona en balanceada atención a la inteligencia y al carácter, a las necesidades materiales y a la calidad humana, a la tecnología útil y al humanismo esencial. Cuando hablamos de desarrollo, habría que recordar que la meta del desarrollo es el Hombre, armonía de cuerpo y espíritu, con potencial para transformar su ambiente y para destruirlo y, por tanto, sujeto principal del desarrollo y al mismo tiempo su meta última.

Una Educación que se base en criterios éticos, humanísticos, científicos, y tecnológicos, y que a la vez se inserte en el inextricable conjunto de ideas y patrones de la conducta propios de la cultura y la sociedad para la cual existe, es la que puede preparar a los hombres para participar en la vida social con una actitud nueva, con una preparación para la vida familiar y comunitaria, con intención de creatividad y servicio, facilitándole con ello el acceso a ingresos justos y la realización plena de su personalidad simultáneamente con una contribución eficiente al trabajo y a la producción.

Fue con estos criterios con los que la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña surgió en 1966, y son los mismos que se ha impuesto en todos los momentos de su desarrollo. La

formación integral de un ciudadano dominicano pragmáticamente capacitado en los conocimientos científicos y técnicos para enfrentar las necesidades mediatas o inmediatas del país, y a la misma vez enraizado profundamente en los más firmes estratos de un humanismo fundado en valores y actitudes de servicio, solidaridad humana, justicia social, paz, convivencia pacífica y todos aquellos elementos que conforman la cosmovisión nueva capaz de salvar nuestro mundo. Esa sigue siendo nuestra meta central en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. No es un secreto que las sociedades contemporáneas, incluyendo la dominicana, han hecho una mística o un credo del crecimiento material y cuantitativo, buscando la solución de todos los problemas en función de producción, ingresos, producto interno y otros factores económicos, valorando como secundario todo lo que se refiere al ser humano como ente trascendente que, ante todo, piensa, siente y sabe. Esté trastrueque de valores y crisis de identidad también ha llevado a aceptar el concepto de que un hombre vale por lo que tiene y no por lo que es, ahogado por el materialismo rampante prevaleciente en nuestra sociedad. Desgraciadamente el aterrador panorama que estamos enjuiciando no se ha detenido en el hombre y ha pasado a las instituciones contaminandolas gravemente. Así vemos cómo personas e instituciones frecuentemente pregonan unos valores y en la práctica viven conforme a otros completamente antagónicos, donde la corrupción a todos los niveles se ha hecho endémica y donde los signos de opulencia se han convertido en los únicos parámetros del éxito. En esta crisis de valores, el dominio de la corrupción en todos los sectores sociales, representa una alternativa terriblemente real. En este orden de ideas, quiero recordar las palabras del insigne educador Don Engeunio María de Hostos, al destacar que. ' si la sociedad, concibámosla como la concibamos, es de todos modos un compuesto de individuos... y si la corrupción del individuo empieza por la ignorancia de la realidad que sigue por el fanatismo de cualquier orden de creencias y acaba por el olvido sistemático de la propia conciencia y del deber que la mejora, es lógico inducir que allí

donde empieza el individuo social, que es en la Escuela, empieza la tarea de moralizarlo socialmente, como empieza en el hogar, su primer centro, la tarea de moralizarlo individualmente." Volvámonos hacia la educación para el rescate de los valores éticos que deben pautar la vida del hombre en sociedad.

De esta forma, estamos tratando de sintetizar en sus más puras esencias, el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña, expresado magistralmente en su "Utopía de América," ensayo profundo impregnado de fe y de esperanza, en donde aboga por una Magna Patria a través de los valores humanísticos de esta América nuestra. Utopía que es un acto de fe en el porvenir de las tierras al sur de río Bravo que "hablan español y rezan a Dios," y en el cual el Maestro recoge los ecos aún vibrantes de las voces de los grandes apóstoles, como Rodó, clamando porque "el empuje de la riqueza material no ahogue nuestra vida espiritual"; o la del dilema admonitorio de Sarmiento de "Civilización o barbarie," que Don Eugenio María de Hostos radicalizó en la frase lapidaria de "Civilización o Muerte."

Ese himno a la unidad americana que debe lograrse mediante la exaltación de los grandes valores que conforman su autoctonía y buscando soluciones espirituales más que las de carácter político o económico, constituye el substrato de todo el pensamiento del Maestro que tratamos de insuflar al profesional dominicano que sale de nuestra Casa de Estudios.

Asimismo, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en sus pocos años de vida, se ha convertido, tanto en nuestro país como en toda América, en el principal vehículo de difusión de la grandiosa obra realizada por el Maestro en todos los campos del saber por donde transitó su inagotable quehacer intelectual. A estos fines hemos publicado, en diez tomos, y en el lapso de dos años su más importante producción escrita, dentro de un riguroso orden cronológico. Esta publicación ha sido posible gracias a la paciente y exhaustiva labor de investigación y acopio documental del Profesor Juan Jacobo de Lara, sin duda el dominicano que con mayor veneración ha escrutado en la vida itinerante del Maestro. Otras

publicaciones auspiciadas y editadas por la UNPHU, también han contribuido a esparcir la simiente noble de las enseñanzas del Maestro y Dominicano Universal. Así tenemos el "Espitolario Intimo de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes," el "Libro Jubilar de Pedro Henríquez Ureña, puesto en circulación dentro de los actos conmemorativos del Centenario, fruto de otro dominicano amante seguidor de la obra de nuestro humanista excelso, don Julio Jaime Julia; y muchas otras contribuciones publicadas a través de nuestra vida institucional en la revista Aula, órgano académico oficial de la UNPHU.

Analizando la extraordinaria obra, pensamiento y personalidad de nuestro Pedro Henríquez Ureña, se nos proyecta como ejemplo de maestro ejemplar y como uno de los humanistas de esta América Hispánica cuya influencia más se haya dejado sentir sobre la formación intelectual de tantos hombres de letras. La descripción de Enrique Anderson Imbert sobre la siembra del saber que hacía el Maestro por medio del estudio, es de lo más cautivante que hayamos podido leer. Nos habla de cuando llegó Pedro Henríquez Ureña a enseñar al Colegio Nacional de la Universidad de La Plata: "Lo vimos entrar al aula, y por primera vez supimos qué era la poesía y quiénes la hacían. Luego lo vimos en la intimidad. Nos llevó a su casa, nos enseñó a vivir y a pensar, a oír música y a escribir cuentos, a leer los clásicos e informarnos de las ciencias, a disfrutar de las literaturas modernas en sus lenguas originales, a conversar, a gustar de la pintura, a trabajar y apreciar el paisaje y la bondad. Sobre todo, nos enseñó a ser justos. Convergían en él grandes tradiciones de cultura, y lo que a nosotros nos asombraba era que tanto saber y tanta comprensión pudieran mostrarse así, sencillamente. Siempre estaba ocupado y sin embargo siempre nos acogía. Si yo he aprendido a escribir, a él se lo debo."

Max Sheler ha llamado la atención sobre la eficacia pedagógica de los educadores dotados de gran personalidad. Con su influencia personal más que con la enseñanza didáctica, contribuyen al despliegue espiritual e intelectual del joven.

Además, esa ejemplaridad perdura a través del tiempo, aún sin estar presente la personalidad influyente. La educación se convierte en un progreso verdadero cuando el modelo viviente es el educador, al que los jóvenes no ven como un ser concreto, sino como la encarnación del saber y como un espíritu formado. El medio más eficaz de que dispone el maestro para influir sobre sus alumnos es la nobleza de su propia vida, fiel a los ideales de justicia, verdad, rectitud, honradez, moralidad y simpatía. Su nobleza se evidencia en la corrección de sus actos y la ecuanimidad de espíritu para apreciar serenamente las diferencias de opiniones y la lógica inflexible de los acontecimientos; y brilla sobre todo, en su feliz disposición para ayudar y servir a la educación y a la sociedad.

Día a a día, los estudiantes reciben esa trasfusión de excelencia moral, como una fuerza misteriosa que eleva la personalidad desde mezquinas vulgaridades a la expansión de sus más excelsas características para llegar a ser hombres y mujeres en el sentido integral de la palabra.

Es un hecho incontrastable que basta la presencia de quien lleva un alma bien puesta para ejercer en torno suyo una influencia benéfica, irresistible, elevando y purificando el ambiente moral. Cuando los maestros sean educadores con severa conciencia de sus responsabilidades y apasionada fe en su obra de artistas, tendremos la escuela que perseguimos inquieta e incesantemente: la escuela de belleza y felicidad, de remodelamiento humano, de inspiración para sentir, pensar y actuar, pero en especial de formación de hombres serios, honestos, trabajadores y de moralidad a toda prueba. Pero para que lo anterior acontezca, es necesario que nos veamos libres del egoísmo, de la falsedad, de la politiquería barata, de los intereses bastardos, de la pasión, de la envidia y de la irresponsabilidad que avasalla o mediatiza. Escuehmos la palabra de Don Pedro cuando el 20 de marzo de 1932, siendo a la sazón Superintendente General de Enseñanza de nuestro país en un acto celebrado en homenaje a Duarte, Sánchez y Mella, expresaba: "Que este día de conciliación anuncie comienzos de cordura en nuestro país. Demasiadas veces hemos profanado el

tiempo, cuyo uso debe ser sagrado para el bien, destruyéndonos uno a otros. No contentos con destruir las vidas, destruimos las obras, llevando las agrestes mañas de la facción a las acrópolis del espíritu.” ¡Cuánto bien nos hiciera tener hoy con vida entre nosotros a Pedro Henríquez Ureña! Su palabra orientadora y su pensamiento firme, guiarían a las actuales generaciones de dominicanos por senderos de superación intelectual, ética y humana.

En este orden de ideas deseo hacer más las palabras del culto escritor dominicano Don Federico Henríquez Grateaux, cuando en su discurso pronunciado en el Aeropuerto de Las Américas con motivo del recibo de las cenizas del Maestro, expresaba: “Pedro Henríquez Ureña, cuyo magisterio hemos perdido los dominicanos, con grave disminución de nuestra disciplina, fue, en su vida y en su obra, ejemplo perenne de orden mental, de rigor académico, de trabajo metódico. ¡Qué hermoso hubiera sido que tres generaciones de dominicanos hubiesen recibido el influjo bienhechor de su disciplina, de su escrupuloso régimen de autoexigencias interiores.” Al referirse a los discípulos del Maestro como producto fecundo del mismo, nos señalaba: ‘Pedro Henríquez Ureña, como persona, como máquina humana, como espectáculo antropológico, era inmensamente superior a su obra escrita.’ ‘Es aquí donde quiero poner en relieve el extraño fenómeno del discipulado. En nuestro país no se ha vuelto a ver desde la época de Hostos, el fenómeno social y psicológico que es el discipulado. Para que una sociedad sea fecundada por un maestro excepcional es preciso que perciba en él una desusada calidad moral, un temple vital de semi-dios imperturbable, y que ese maestro nos desborde intelectualmente en todos los campos. Sólo al reconocer una superioridad puede el hombre comenzar a andar el camino de su propia perfección”.

Este acto de hoy, coincidente con la fecha aniversaria del natalicio de Don Pedro, nos colma el alma de emociones, porque nos hace recordar aquel pensamiento de José Enrique Rodó que el Maestro dominicano recoge en uno de sus ensayos: “Sólo han sido grandes en América aquellos que se han desenvuelto por la

palabra o por la acción un sentimiento americano' ...

Estoy pensando en este instante en un Domingo Faustino Sarmiento, maestro por antonomasia, en un Andrés Bello, José Martí, Eugenio María de Hostos, Juan Montalvo, Rodó y otros tantos apóstoles de nuestra América hispana, cuyas palabras transpusieron las fronteras patrias, para hacerse patrimonio cultural común de todo el Continente.

Entre los que recogieron esa herencia y la llevaron como antorcha olímpica, alimentando su llama hasta entregarla en otras manos, figura Pedro Henríquez Ureña, a quien alguien llamó "Peregrino de América." Don Ernesto Sábato, uno de sus más destacados discípulos, lo considera como "humanista, excelso, quizás único en el continente," afirmando que "todos estamos en deuda con él. Todos debemos llorarlo cada vez que se recuerde sus silueta ligeramente encorvada y pensativa, con su traje siempre oscuro y su sombrero siempre negro, con aquella sonrisa señorial y ya un poco melancólica. Tan modesto, tan generoso, que como dice Alfonso Reyes, era capaz de atravesar una ciudad entera a media noche, cargado de libros, para acudir en ayuda de un amigo." ¡Cuánta nobleza albergaba su corazón para todos! ¡Cómo respetaba a sus semejantes! Su entrega total al perfeccionamiento estuvo siempre guiada por normas éticas humanísticas que bien pudieran ser luces que alumbren a todas las generaciones dominicanas actuales para entregarse en cuerpo y alma a supaís y a sus compatriotas.

Antes de terminar estas palabras con las expresiones del agradecimiento a que nos mueven el haber podido recibir en el seno académico de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, a nuestros invitados distinguidos Doña Natacha Henríquez Lombardo, Don Rodolfo Henríquez, hija y hermano de Don Pedro; Dr. Jos-e Luis Martínez,, Director de la Academia Mejicana de la Lengua, Don Alberto Baeza Flores, distinguido poeta chileno y gran amigo de los dominicanos y de nuestra institución, Dr. Pablo González Henríquez y Leonardo Henríquez, nieto y sobrino de Don Pedro, así como a todos los que de una u otra manera han participado junto a nosotros en los actos de conmemoración de los primeros cien años del

nacimiento de Don Pedro de América, deseo dejar constancia de mi inquebrantable fe en que, no obstante los preocupantes signos de descomposición social que en el gran solar americano se manifiestan en diversas formas y que nos van señalando el camino del caos, las enseñanzas de los grandes maestros de ayer, junto a la tesonera labor de los que hoy siguen creyendo en los valores eternos del espíritu, habrán finalmente de alcanzar la gran Utopía que soñara Pedro Henríquez Ureña durante toda su vida de Maestro. Porque la Historia no se cansa de enseñarnos que los altos estadios de la Civilización no se alcanzan con las armas que matan a los hombres, sino con las ideas que perfeccionan sus almas.

Es en este orden de pensamiento que deseo recordar aquí, una famosa frase de Monseñor Adolfo Alejandro Nouel, ilustre y venerado varón que ocupó la Silla Arzobispal de Santo Domingo con el título de Primado de América, en épocas en que el país se desgarraba en luchas fratricidas: "No por Maratón y Salaminas vive vida inmortal la patria de Platón y de Aristóteles". Y exclamemos junto a Don Emilio Rodríguez Demorizi: "Seamos dignos de la herencia espiritual del gran dominicano."

(Pronunciada en el acto central del Centenario de Pedro Henríquez Ureña, el 29 de junio de 1984)